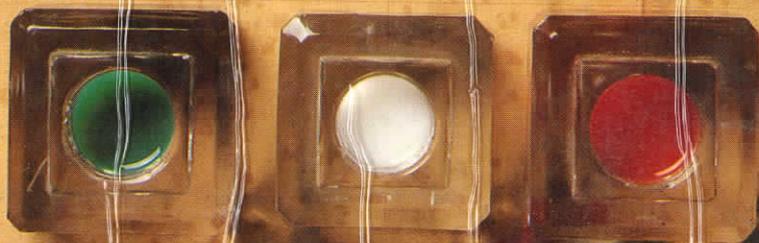




Historiadores de México en el siglo XX

**Enrique Florescano
y Ricardo Pérez Montfort**
(compiladores)



HISTORIADORES DE MÉXICO EN EL SIGLO XX

ENRIQUE FLORESCANO
Y RICARDO PÉREZ MONTFORT
(*compiladores*)



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ: MIS TROPIEZOS CON LA HISTORIA

I. PRIMERAS VISIONES DEL MUNDO HISTÓRICO

Si mal no recuerdo, cumplí los 12 años de edad con sólo una imagen histórica, aprendida en casa. La presidían mis abuelos: dos hombres barbudos, dos rancheros honrados que, obtenida la autorización del obispo de Zamora, con la ayuda de un centenar de otros tipos como ellos, fundaron, a partir de 1888, un caserío de calles rectas y tres sitios de uso común: la plaza de armas, el templo consagrado a San José y el asilo donde se enseñaría a las criaturas a leer, a escribir y a contar. El centenar de primitivos hogares eran mejores que las casuchas abandonadas en los ranchos. Las fincas nuevas, en lugar de bajareque y paja, tenían muros de adobe y techumbre de teja. El pueblo de San José de Gracia era un paraíso visitado frecuentemente por el señor obispo de Cázares. Pero desde 1913 dieron en visitarlo también los fronterizos, unos malhechores que a punta de rifle se metían a las casas sin pedir permiso para hacerse de caballos, sillas de montar y ollas con dinero. Algunos en la bola. Los estropicios los hacían a nombre de un señor llamado "gobierno" y de una señora apodada la "revolufia", una pareja muy mal vista por la gente del rumbo. Y como si lo anterior fuera poco, el gobierno dio en perseguir a los padres y a las religiosas. Por salir algunos en defensa de los perseguidos, los del gobierno expulsaron a la gente de San José. Un general dirigió la quema de la iglesia y las casas. Eso hizo que casi todos los hombres en edad de pelear se metieran a la cristiada, aquella lucha que estuvo en un tris de acabar con el "mal gobierno". Si no dejó tendida a toda la gavilla gubernamental fue porque los obispos pararon la guerra. Como los soldados de Cristo Rey pusieron la otra mejilla, los gobernantes cachetearon a su antojo a los antiguos rebeldes. Lo anterior lo saqué de los decires de los mayores. En cambio vi cómo los vecinos regresaban al montón de escombros a que habían reducido al floreciente pueblo. Todo el mundo se puso a reconstruir su casa, la iglesia y el colegio. Mientras los chicos arrancábamos el zacate de los empedrados, los jóvenes que dirigían los curas Pablo y Federico González techaban las viviendas, y los viejos eran encargados de las ordeñas y las milpas. La historia terminó en un enorme júbilo al que mucho tiempo después se le recordaría como las bodas de oro. Entonces no hubo manera de confrontar la imagen microhistórica anterior con la historia de la nación mexicana que se impartía en la escuela oficial, inexis-

tente en mi pueblo, o en el colegio de las "madres" o religiosas, que no se reabrió sino hasta 1939.

Desde 1938 fui alumno del Instituto de Ciencias de Guadalajara, regentado por los padres jesuitas. En una preparatoria confesional supe de otras dos versiones del saber histórico: la nacionalista conservadora y la concepción cristiana del devenir universal. En los cursos de don José Bravo Ugarte y en las charlas con don José Ramírez Flores me enteré de que había en el mercado dos visiones de la historia de México. La que contaba con la bendición de los Estados Unidos recibía los nombres de "indigenista y liberal" y era la que se enseñaba en los planteles oficiales. La que el padre Bravo nos transmitió en el Instituto de Ciencias fue la "hispanista y conservadora", aunque atenuada por el espíritu objetivo que todos reconocen en la obra de aquel jesuita. El metódico sacerdote enseñaba mediante cuadros sinópticos los antecedentes prehispánicos de la historia de la nación. Hablaba en seguida de las heroicidades de soldados y misioneros españoles. Muy al estilo moderno, exponía los hechos de índole económica, las instituciones sociales, la labor de la Iglesia, el desarrollo de una nación que para conseguir su independencia de España primero se lió a golpes con las autoridades españolas, acaudillada por los curas Hidalgo y Morelos y un titipuchal de héroes menores, y por último, convencida por Iturbide, obtuvo la independencia sin derramamiento de sangre.

Ya sin España en el gobierno, otras potencias quisieron ocupar el sitio abandonado por los parientes españoles. La de peor conducta, la que puso a pelear a unos mexicanos contra otros, invadió el país y se quedó con la mitad del territorio. Era, para colmo de males, vecina, y logró engatusar a un grupo de compatriotas simpatizadores del liberalismo. Los amantes de un gobierno fuerte buscaron ayuda en Europa para impedir el ejercicio del poder a los ahijados de la potencia vecina. La lucha, aunque poco o nada popular, produjo abundancia de sangre, sudor y odios, que 30 años de dictadura porfiriana no desterraron del todo. El padre Bravo Ugarte justificaba el maderismo, pero no todos los "ismos" que le siguieron. En el Instituto de Ciencias de Guadalajara difundía una imagen de la historia de México que no parece muy distante de la verdadera. Aquel jesuita, que llevaba tan mal puesto el apellido Bravo, cumplió con los programas oficiales dándonos el curso de historia universal valiéndose de cuadros sinópticos, charlas y la lectura de Albert Malet. El historiador francés que leímos de punta a punta abría boca a los lectores con estas palabras: "El conjunto de los hechos ocurridos desde la más remota antigüedad hasta nuestros días constituye la historia... Sin embargo, sólo son hechos históricos los que han influido de algún modo en los acontecimientos posteriores". A la versión tan fáctica de Malet e Isaac, José Bravo Ugarte le daba sentido al escribirla en la filosofía cristiana de la historia. Comoquiera, quien más insistió en el concepto teoló-

gico de las mudanzas históricas fue el padre que impartía el curso de religión con el nombre de "Ética Aplicada".

En tiempos de la segunda guerra multinacional el gobierno mexicano decidió establecer el servicio de las armas. Uno de cada 10 jóvenes con 18 años encima pasaba 12 meses en un cuartel donde, además de recibir instrucción militar, era objeto de algunos regaderazos de civismo. Al incorporarme al segundo regimiento de artillería de la tercera división, me esperaban un uniforme, carreras en la madrugada, entrenamiento en el uso de los obuses, y en la tarde, lecciones de matemáticas y de civismo en ejemplos, o sea, historia de las heroicidades de los mexicanos. De esta última empecé siendo alumno y a los pocos meses me convertí en maestro. De este modo ingresé a la versión oficialista de la historia de México. Para ese curso me serví de media docena de libros existentes en la brevísima biblioteca del regimiento. En las historias de México de Luis Chávez Orozco, Jesús Romero Flores y Alfonso Teja Zabre opinaban que la principal función de la historia era la de fortalecer el sentimiento patriótico de los mexicanos, y para conseguir tan laudable propósito debía exaltarse la vida prehispánica y sus reyes; denunciar las sucias tretas de que se valieron los conquistadores venidos de España; reconocer la vida ejemplar de la primera oleada misionera y exhibir las maldades del clero, sobre todo a la hora en que quisimos hacernos independientes de la cruel monarquía española y de la fanática Iglesia católica. *Grosso modo*, la historiografía oficial en boga durante esos años proponía la adoración incondicional de Cuauhtémoc, Hidalgo, Guerrero, Juárez, Madero, Carranza y Cárdenas.

A la historia patria de signo oficial le preocupaba poco la transmisión de saberes y mucho el proponer modelos de conducta cívica; el hacer mexicanos patriotas y revolucionarios a fuerza de historia de bronce y metahistoria. Desde el decenio de los treinta ganaba simpatizadores el modelo ruso de historia revolucionaria. Poco a poco penetró, sin abandono del culto a los héroes, la idea de las fuerzas impersonales: el proletariado, la burguesía, la lucha de clases, los modos de producción, la guerra imperialista *et al.* En un santiamén se difundió el materialismo histórico. Gracias a los libros de Luis Chávez Orozco, Rafael Ramos Pedrueza, Alfonso Teja Zabre y Hernán Villalobos me enteré de la interpretación materialista de la historia de México, y en no recuerdo qué manual cursé el materialismo universal. Seguramente me sentí atraído por la filosofía de la historia que se hacía pasar como ciencia. Por esas inclinaciones, mis compañeros me adjudicaron el apodo de "Camarada". Tal vez esa afinidad al marxismo fue la causa de mi expulsión de la escuela de leyes de la Universidad Autónoma de Guadalajara, cuya pluma de vomitar eran las doctrinas provenientes de la Unión Soviética. Pese a mis ideas de entonces, el padre Medina Ascencio propuso mi ingreso a la fábrica de historiadores más prestigiada del país.

II. LA VERSIÓN ACADÉMICA DEL OFICIO DE HISTORIAR

Hasta ahora, el momento más grato de mi vida es la entrada al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México en 1946. Como lo recordé en el discurso de iniciación al Colegio Nacional, aquel Centro de Estudios Históricos, de reciente apertura, dirigido por Silvio Zavala, en el que enseñaban, aparte del director, José Gaos, Ramón Iglesia, Rafael Altamira, José Miranda y otros ilustres transterrados españoles, esculpía investigadores de historia académica, de una historia diferente a la pragmático-ética de las escuelas oficiales y privadas, a la narrativa de los improvisados y al materialismo histórico. Aunque cada uno de los profesores de historia tenía una idea propia de los propósitos y los métodos del oficio de historiar, todos estaban dispuestos a suscribir el célebre aforismo de Ortega: "La razón del historiador no es una razón que generaliza, sino una razón que narra".

Las discrepancias de aquellos maestros no les impedían repetir al unísono la proposición de Trevelyan: "Del pasado histórico nos interesan los hechos particulares y no sólo sus relaciones causales". Quizá también concordaban todos esos recién venidos en que sólo eran memorables los acaeceres típicos, los que hicieron época y los que han sido fecundos en resultados. Ya no únicamente guerras y acciones de los gobiernos; también sucedidos de orden económico, social y cultural. En suma, una enorme y variada multitud de acciones, siempre que fueran documentables y ayudaran a entender el presente.

En un ensayo de 1976 que llamé "La pasión del nido", dije que el CEH nació para decapitar la época precientífica de Clío. Dispuso para ese propósito de los humanistas españoles transterrados; de algunos historiadores que habían contraído el virus científico y de pocos alumnos vocados, becados y de alcances.

Sólo con gente así en el sillón profesoral y en las sillas estudiantiles se podía ejercer un plan de pocas materias, en el que los cursos panorámicos de historia universal fueran la piel; los más o menos monográficos de historia de América, la musculatura; y los instrumentales (metodología, idiomas clásicos y modernos, y ejercicios paleográficos), la osamenta. Sólo con gente así, sentada alrededor de una mesa, era posible aplicar el método de seminario donde un profesor expone, los alumnos contraponen y ambos arriban a una síntesis. Sólo con tales planes y métodos se podía aprender haciendo breves trabajos de investigación semestrales y una tesis gorda y madura al final de la carrera.

La construcción de una imagen seria y firme de la historia de Hispanoamérica constituía el máximo propósito del plan Zavala. Los principios teóricos aprendidos en los cursos del jefe, Iglesia y Gaos y la investigación ratonera en los archivos debían desembocar en el comercio con otros histo-

riadores y los científicos sociales a fuerza de asistir a congresos y mesas redondas, de oír y dar conferencias, de convertirse en profesor y, sobre todo, de hacer artículos monográficos para las revistas especializadas y monografías para gente del gremio. No se pretendía, según don Arturo Arnáiz, extraer manuscritos de la tumba de los archivos para trasladarlos, una vez impresos, a la tumba de las bibliotecas. Aunque se toleraba la tesis del "saber por el saber", se prefería la fórmula de "escribir para colegas" y sólo esporádicamente "para legos". El Centro de Estudios Históricos nos enseñó a descubrir y cultivar perlas, ensartarlas en un hilo, expedirlas a los conocedores, cuidándonos de que no fueran a dar al comedero común. Se nos entrenó para el intercambio de productos dentro de la élite del saber o para esparcirlos entre estudiantes de fuste.

Las prácticas de comunicación intelectual se hacían en un gimnasio conocido por el nombre de Sociedad Mexicana de Historia donde uno a uno los socios exponían ante maestros y alumnos las primicias de su investigación y recibían de su auditorio observaciones sutiles de mala y buena leche. Pero no sólo en el acto ceremonial se intercambiaban dimes y diretes científicos. A la sesión solemne seguía el *post colloquium* en algún restaurante cercano donde se valía la broma y el chacoteo.

En el antiguo Colmex se aprendían muchas cosas de los maestros, casi tantas como las conseguidas del trato habitual con compañeros y con libros. Mucho de lo poco que sé lo debo a mis amigos Antonio Alatorre, Eduardo Arcila Farías, Israel Cavazos, Ernesto Chinchilla, José Durand, Henríque González Casanova, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Manuel Moreno Friginals, Germán Posada, Xavier Tavera, María del Carmen Velázquez, Luis Villoro y otros muchos que mi ingratitud olvida. A la lectura que tanto propició El Colegio de México le reconozco la mayor parte de mi textura profesional, pero también de mi heterodoxia. Si sólo hubiera leído a los grandes maestros de la filosofía crítica de la historia y a los historiadores de moda me habría convertido en un historiador especialista en algún punto y aclamado por las academias. Mientras estuve en el Colmex di en la mala costumbre de meter las narices en obras de literatura, filosofía y ciencias sociales, excepción hecha de la economía. Contraje sobre todo la costumbre de leer libros de Borges, Chesterton, Reyes, Unamuno, Ramos, Picón Salas, Novo, Azorín, Ortega y Gasset, Machado, Paz, Russell, Sartre, Sábato, Neruda y Rilke.

El Centro de Estudios Históricos favorecía el ejercicio docente en sus alumnos, aun en los no vocados para la enseñanza. Casi concluidos los estudios, pero antes de presentar la tesis, impartíamos cursos de Historia Universal y de México. También se fomentaba el envío de artículos a publicaciones periódicas y volúmenes multiautorales. Entonces escribí ensayos sobre la magia novohispana, sobre Mendieta, sobre los albañiles del alba y sobre el optimismo nacionalista. Anduve metido en un periódico estudiantil que no

alcanzó la periodicidad; sólo salió un número de la revista *Hispanoamérica*. Después del cuatrienio de estudios formales, lecturas numerosas e intensivas, desveladas, discusiones cultas y políticas..., venía el toque de prestigio que debía dar un instituto de cultura superior de los Estados Unidos o de Europa. Yo escogí Francia. Eso fue en 1951 y 1952. Durante la estación invernal, encerrado en mi cuarto del hotel Iris, leí muchos libros de teoría de la historia en francés. En la primavera de 1952 asistí con entusiasmo a los cursos de Marrou, Merleau-Ponty, Marcel Bataillon, Braudel y algún otro. Visité repetidas veces el Louvre y demás lugares recomendados por las guías y por los amigos. Aunque recién escapada de la trifulca mundial, París era una fiesta. Los que fueron recién casados hicieron allá estudios en toda forma e investigaciones eruditas. Otros perdimos o quizá ganamos gran parte de nuestro tiempo. Todos coincidíamos con Hemingway: "Si tienes la suerte de haber vivido en París de joven, París te acompañará, vayas adonde vayas, todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue". Con espíritu parisiense, pasé unos preciosos meses en España. Para cumplir con ciertos encargos, estuve un par de meses en el Archivo de Indias y en sitios menos serios de Sevilla. Recorrí en tren muchas ciudades de España y hasta leí periódicos, revistas y libros. Fue un paseo de varias pistas.

III. LA FÁBRICA DE HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

Acorté mis andanzas españolas para acudir a la invitación de don Daniel Cosío Villegas de incorporarme al grupo que hacía la historia económica, política y social de la penúltima etapa de la historia de México. Aunque me había preparado para el estudio de la Nueva España, acepté la oferta de don Daniel porque temí que nadie me costearía la dedicación a una época oscura, con el prestigio adicional de ser la fea de la historia patria. El miedo a quedarme como "la Magnífica", sin cosa alguna, me llevó al análisis de la vida social de la República Restaurada que me encargó don Daniel a cambio de un sueldo decente para entonces. Desde 1953 fui responsable de uno de los 10 tomos de la *Historia moderna de México*. De otro lo era Moisés González Navarro y de uno más Francisco Calderón. Según don Daniel, su seminario tenía una doble meta: pulir investigadores y ofrecerle a la Revolución hecha gobierno una imagen verídica del pasado inmediato que repudiaba y no podía superar. En un enorme salón prestado por la Secretaría de Hacienda, los seminaristas leíamos, de nueve de la mañana a dos de la tarde, libros, periódicos y documentos. Cosío Villegas, instalado en el fondo del salón, ponía uno de sus penetrantes ojos en las fuentes escritas y el otro en el grupo de investigadores. Comoquiera, el análisis y la interpretación de lo leído por cada quien se hacía a solas en casa o en algún cuarto de El Colegio

de México, en aquel caserón colindante con la plaza Rio de Janeiro. Los borradores eran debatidos en junta de los seminaristas. Si mal no recuerdo, mis primeros ensayos sólo pasaron por la mecanógrafa antes de ser objeto de burlas, alabanzas y críticas serias. Los siguientes fueron sometidos a un juez adicional.

En 1955 dejé de vivir en la casa de doña Julieta, de la que algún día escribiré largo y tendido de risa. Entonces pasé a residir a una casucha de una sola recámara que compartía conmigo mi reciente esposa, la poeta Armida de la Vara. Como no pudiera halagarme el estómago, me halagó la cabeza. En adelante todo escrito mío fue corregido por ella antes de llegar a poder de la mecanógrafa, los colegas y el público. Todavía más: se prestó para escribir el capítulo de los ceros sociales en aquel tomo en el que yo analicé las etnias indígenas, Emma Cosío la sociedad pachanguera y Lupe Monroy los cultos en la República Restaurada. Nuestro tomo, como la mayoría de los 10 de la *Historia moderna de México*, produjo más rechiflas que aplausos de parte de la academia. Unos desaprobaban, quizá con razón, el que se hubiera trabajado en equipo. La mayoría no estuvo de acuerdo en que una obra de tanta enjundia se presentara en el lenguaje de la tribu, con total desprecio hacia las teorías en boga, los términos despampanantes y las notas a pie de página. Con éstas se hizo al final de cada tomo un mazacote que puso a rabiar a los eruditos. Por lo demás, la *Historia moderna de México*, quizá por su gordura y su carestía, que no por el repudio de los del gremio, jamás se vendió como pan caliente y fue, según rumores, poco leída.

El director del seminario no cesaba de decirnos que escribiéramos coloquialmente, en forma clara y sencilla. Al que se ponía elegante, don Daniel en persona le quitaba las parrafadas catrinas. Por otro lado, todos estuvimos de acuerdo en que era mejor ser entendido que no aplaudido.

El ejemplo a seguir convivió con nosotros hasta 1959. Aquel hombre gordo, dicharachero y alegre, nos proponía un modo de ser y escribir que era opuesto a la moda científica. La actitud humanista y risueña de don Alfonso Reyes convenció a muchos del estilo sencillo en la vida y en la obra.

Pero este discurso ¿a qué viene? Me obligué con Enrique Florescano a rendir un informe de mis deudas con los prójimos, pero principalmente de las visiones históricas que han pasado por mi cabeza y de los callejones en que he andado metido.

¿Qué hice en la segunda mitad del decenio de los cincuenta? Concluida mi participación en la *Historia moderna de México*, don Daniel me propuso encargarme de una tarea humilde, pero con sueldo suficiente para el mantenimiento de un hogar de cuatro personas. Por otra parte, pronto le tomé el gusto a la labor del bibliógrafo. Me pasaba la primera mitad del día hojeando libros en una de las cuatro máximas bibliotecas capitalinas: la Nacional, la de Antropología, la México y la de Hacienda. Todas las mañanas, Lupe

Monroy, Susana Uribe y yo nos divertíamos haciendo fichas bibliográficas con el añadido de un breve y zozco comentario. Así fue durante meses. En ese juego que duró dos o tres años se produjo un par de libros en varios volúmenes: el hemerográfico que encabezó Stanley R. Ross y el bibliográfico que salió a la luz pública sin llegar a ningún público con el nombre de *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, México, El Colegio de México, 1961-1962: tres volúmenes de más de 500 páginas cada uno.

IV. ENCARRILAMIENTO EN LA MICROHISTORIA

Por octubre de 1966 tomé la decisión de pasar mi primer año sabático en un sitio sin interés para los académicos, en una aldea sin gracia a la que volvía anualmente por un mes para cumplir con el rito de las vacaciones que, en casa de mis padres, me salían baratísimas, a la altura de mis ingresos. Además, y sobre todo, hacía compañía a quienes se desvivían por complacerme. A finales de aquel año, Armida, seis criaturas y yo nos instalamos en San José de Gracia. Allí volví a escuchar las historias contadas por los viejos y caí en la tentación de aplicar el método de la historia académica a la reconstrucción histórica ejercida por mis paisanos. Ellos narraban lo sucedido en su terruño a partir de sus propios recuerdos y de los dichos de los viejitos. Por mi parte, traté de hacer algo similar con la documentación guardada en los archivos parroquiales y de notarías, además de los decires de los viejos y de lo almacenado en mi buena memoria. Los historiadores orales del pueblo se complacían en el relato de media docena de sucesos: el tesoro de Martín Toscano, la venta de una parte de Guaracha, la fundación de San José, los estropicios de Chávez, la parcelación del Sabino y la Cristiada. En mi texto se agregaron noticias de la época española, de la aventura del padre Marcos Castellanos, de la vida cotidiana de los rancheros antes de juntarse en San José y, en fin, de los quehaceres económicos, sociales, políticos, bélicos y religiosos de la gente común. A la microhistoria contada le añadí muchos sucesos de toda índole. Los testimonios orales y escritos permitieron hacer una historia global.

La versión tradicional de la historia de San José ignoraba lo acontecido más allá de cien kilómetros a la redonda. La nueva versión refiere al comienzo de cada capítulo los sucesos de alcance nacional y las vidas en la comarca donde se inscribe San José. En la visión de la gente sobresalían los acontecimientos extraordinarios. Mi texto procuró hacer hincapié en la vida económica, social y religiosa de todos los días. La historia oral del rumbo no ponía en tela de juicio los cuentos sobre el origen y la trayectoria de los lugareños. Yo, al someterlos a las operaciones de la crítica, prescindí de muchas consejas populares. La gente de San José, dada a la historia narrativa, casi

nunca interpretaba, definía y ensartaba los sucesos de su pequeño mundo en un ámbito mayor. A mí me tocó adjudicarles el género próximo a los sucesos josefinos y situarlos en la trayectoria de la vida nacional. No todos los que narraban sucesos propios lo hacían agradablemente, pero más de alguno contaba las cosas con tanta sabrosura que hubiera querido reproducirla en mi texto. Desgraciadamente, por falta de oído literario como el que tiene, por ejemplo, Ricardo Garibay, no pude escribir sabroso.

Mientras escribía con pluma fuente mi historia universal de San José de Gracia conté con la ayuda de Armida, mi correctora de errores gramaticales y la encargada de hacer los manuscritos. Éstos, a petición de algún pariente, fueron leídos en lugares públicos. Varios del respetable señalaron errores suprimidos en la versión final, en la presentada a los colegas de El Colegio de México. Como ya lo he contado antes, los otros historiadores profesionales de la institución calificaron de "locura", de "falta de sensatez", la historia que llamaba "universal de un poblacho sin historia". Comoquiera, tres asistentes a la lectura de mi narración de minucias pueblerinas le dieron el sí. José Gaos, el venerado maestro, la encontró muy racional, que no producto de falta de cordura. Antonio Alatorre elogió el uso del lenguaje hablado. Daniel Cosío Villegas dio el títise. Con el nombre de *Pueblo en vilo*, que no el que prefería de *Historia universal de San José de Gracia*, El Colegio de México puso en librerías, en la Navidad de 1968, la cosecha del año sabático. En los setenta, El Colegio reeditó una y otra vez el librito. En 1984, la SEP, en la serie de Lecturas Mexicanas, lanzó a la venta 50 000 ejemplares. La Texas University Press le dio a John Upton el encargo de traducirlo al inglés y a Lysander Kemp de cuidar la impresión en lengua inglesa. Annie Meyer lo tradujo al francés y la editorial Plon, con el nombre de *Les barrières de la solitude*, lo incluyó en una de sus colecciones. Hasta donde sé, los periódicos, a través de la pluma de algunos amigos y no pocos extraños, dijeron lindezas de *Pueblo en vilo*. Los elogios de José Luis Martínez, Rosa María Phillips, Jorge Ibarguengoitia, Jean Meyer, Ruggiero Romano, y el Premio Haring, concedido por la Asociación Americana de Historiadores, me habrían vuelto pavo real si no fuera tan poco sensible a la fama.

A un lustro de la publicación de *Pueblo en vilo* junté los ensayos acerca de la teoría y método de la historia que había escrito para el debate en congresos de historia. En San Luis Potosí, ante un auditorio de historiadores regionales, dije que la microhistoria, dentro de la división tripartita de Nietzsche, pertenecía al género de la anticuaría que "con fidelidad y amor vuelve sus miradas al solar natal" y gusta de lo pequeño y antiguo. Es tan vieja como la historia de mayores pujos. En la época alejandrina florecieron los anticuarios que se apartaban de los asuntos gordos de que se habían ocupado Herodoto, Tucídides y Jenofonte. Ahora se empeñan en hacer la historia de cada pueblo los fronterólogos de la escuela de Turner en los Estados Uni-

dos; los miembros del Department of English Local History del Colegio Universitario de Leicester, dirigido por Finberg; Goubert y sus seguidores en Francia, y en México, un buen número de coleccionadores de hechos insignificantes, de pormenores referidos a su patria chica. En San Luis, donde vive el notable microhistoriador Rafael Arguiñaga y Montejano, dibujé el perfil del cronista ideal de las minicolectividades: oriundo y vecino de la comarca, "todista" o "sabelotodo", con buena dosis de *esprit de finesse*, emotivo, "más amante de su terruño, más solitario, conservador y tímido que el promedio de los hombres". En aquel congreso sostuve que el espacio de la microhistoria es abarcable de una sola mirada. "Los tiempos microhistóricos son el larguísimo y pachorrudo de la geografía y el lento de la costumbre." La microhistoria estudia, más que lo que influye o renace, la tradición de la familia, lo modesto y lo pueblerino. La microhistoria se interesa por todo, pero en un nivel local, por los aspectos de la vida humana y aun los de la vida natural. La historia mira principalmente a los famosos; la micro va a los individuos de estatura media. La vida económica, tanto en su aspecto productivo como de consumo, es un asunto de la mayor importancia para la investigación microhistórica. Lo mismo cabe decir del ocio y la fiesta.

En un congreso de Historia del Noreste que tuvo lugar en Monterrey en 1971 sostuve que el campo de estudio de la microhistoria ofrecía mayor amplitud que el territorio estudiado por la historia a secas. También exageré la distancia metódica. Dije que en la microinvestigación se hace el camino al andar. El microhistoriador se enfrenta a un asunto con muchas emociones y un mínimo de ideas previas y marcos teóricos. Usa testimonios de difícil acceso. "Necesita recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su tema y entrevistar a los nativos..." La crítica y la interpretación de las pruebas microhistoriográficas no cuentan con un código de normas comparable al aportado por Langlois y Seignobos. En la historia patria ayudan "la malicia y la simpatía del erudito, las capacidades detectivesca y erótica, la lucidez del indiferente y la ceguera del amante". En el XLV Congreso de Americanistas celebrado en Bogotá en 1985 propuse que para conseguir la resurrección del pasado microhistórico se requieren los auxilios del arte. "La micro se comporta como ciencia cuando va hacia lo histórico y como arte a su regreso del pasado." "Exponer la historia concreta es siempre de algún modo contar historias interesantes..."

La microhistoria, cuyo principal cliente es el pueblo raso, debe comunicarse en el idioma de la tribu y de ser posible en el habla de los buenos conversadores. Como el quehacer microhistórico suele estar bañado de emoción, su forma natural de expresarse es la artística, que no la retórica, ni menos la cursi, que son las salidas de la falsa emotividad. El microhistoriador debe hacer sus frases con claridad, cariño, burla amorosa y respeto hacia el prójimo.

La ponencia de Bogotá, contra lo que acababa de decir, tuvo un remate retórico. Con voz solemne dije:

La microhistoria es la menuda sabiduría que no sólo sirve a los sabios campanudos. Es principalmente autosapiencia popular que ayuda a la liberación de las minisociedades y a su cambio en un sentido de mejoría; proporciona viejas fórmulas de buen vivir; procura salud a los golpeados por el ajetreo y ha venido a ser recientemente sierva o ancila de las ciencias duras del hombre: destruye falsas generalizaciones y permite hacer teorías firmes a los científicos sociales... La práctica microhistórica justifica suficientemente una ocupación académica, un acomodo susceptible de atraer lucros menores, de subir en el mundillo académico y de tener lectores y aun conquistar gratitud en el breve contorno de la propia tierra, en el cenáculo de familiares y amigos...

Desde la primera incursión en la microhistoria he sostenido la idea de que el ejercicio encaminado a historiar la vida de los municipios es un juego noble y desinteresado que hunde sus raíces en nuestra tradición humanística. Estoy convencido de que la historia local nos permite un conocimiento más profundo y detallado de las colmenas humanas. No obstante el menor uso de teorías y otras especies de marcos teóricos, la historia global de una patria puede tener tanto interés científico como la visión macrohistórica de un país o del mundo entero. Si una historia local no traspone el pasado inmediato, puede servirse de principio a fin de esa inestimable fuente que es la tradición oral. Aunque los textos microhistóricos produzcan menos citas en el mundo académico, son más apreciados por el común de los lectores que las monografías que suelen producir los estudiosos de lo macro. La microhistoria, tan ligada a la existencia íntima del hombre, tan placentera, tan aportadora de materia prima semielaborada para las ciencias del hombre, tan malquerida por los pedantes y tan del gusto de los humildes, me inclinaba a ser microhistoriador de tiempo completo. Como el horno no estaba para bollos, tuve que aceptar el papel de chile de varios moles, especialmente los de sabor tarasco.

V. EL COLEGIO DE MICHOACÁN Y OTRAS AVENTURAS

Compilé, para la Cámara de Diputados, los informes de los presidentes de la República y escribí una historia de los "Balances periódicos de la Revolución Mexicana" que, según mi leal saber, era un buen prólogo para la compilación realizada, pero según los diputados no debía publicarse. Una semana de turista por Apatzingán e infiernos contiguos me inspiró el ensayo sobre "Tierra Caliente". Un recorrido en avioneta, con don José Luis Gutiérrez, director del Banco de Zamora, fue el acicate para hacer brevísimas sem-

blanzas de los pueblos que vimos a ojo de pájaro, de una docena de congregaciones del occidente de México aparecidas en 1971 con el nombre de *La tierra donde estamos*. En ésas, me colé en la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid. Hice, para una breve historia de México que leyó por tele Ignacio López Tarso, "El periodo formativo", que va del Siglo de las Luces al siglo de las luchas de Reforma. En seguida, todos los del Centro de Estudios Históricos emprendimos una *Historia general de México* en tres volúmenes en la que me tocó el periodo de Porfirio Díaz, tan prestado a irreverencias. Un número mayor de colomexicanos, por encargo del presidente Echeverría, incurrimos en la tarea de escribir, en una veintena de tomos, la *Historia de la Revolución Mexicana*, de Madero a Ruiz Cortines. Entonces me di el gusto de perfilar en un volumen *Los artífices del cardenismo*, y en otro, hacer el reportaje de *Los días del presidente Cárdenas*, apartándome lo más posible de la historia interpretativa. Desdeñé la corriente que ve en el sexenio de Cárdenas la versión mexicana de la lucha socialista mundial. Sólo expuse las acciones más sonadas del pragmatismo cardenista. Quise escribir con desenfado la crónica de un sexenio caliente, a la manera alegre de Salvador Novo, pero sin novovenenos. El Seminario de la Historia de la Revolución Mexicana, como el anterior de la Historia Moderna, dejan la sensación de que los historiadores mexicanos no están hechos para escribir obras colectivas. Al menor descuido del que ejerce la batuta, cada miembro de la orquesta sigue su muy personal camino, lo cual, a la postre, resulta mejor, si no en beneficio de la ciencia, sí del arte.

Por otro lado, si los voluminosos análisis del Porfiriato y la Revolución hubieran tenido la marca de la uniformidad, no habrían conseguido la lectura ni siquiera de los más acérrimos rivales de don Daniel Cosío Villegas. En la tradición de la historiografía mexicana y mundial hay abundancia de libros en muchos volúmenes, pero muy pocos trascienden la condición de adornos de sala en las grandes mansiones. Para los muchos pigricios que habitan en este planeta sólo son legibles las obras escritas con brevedad y en frases breves. Muy pocos disponen de tiempo y paciencia para leer libros gigantes. No es descabellado desear que el paraíso de Clío sólo esté organizado para soñar, leer y escribir. Comoquiera, ese edén no es posible ni deseable. El cuerpo, la familia, la tribu y la nación del estudioso piden lo suyo y hay que dárselo. Como se debe estar sano, ser paterfamilia responsable, instruir a los competidores que vienen a colaborar en la construcción de México, tenemos que emprender acciones que van desde la cometunga hasta la política. Aun los sabios misántropos deben ejecutar pagos, cobros, tres comidas diarias, amonestaciones y castigos, asistencia a juntas, viajes en autobús, automóvil, tren y avión; papeleos burocráticos y otras diligencias extraprofesionales. Aunque no soy hombre de acción, he tenido que apechugar con algunas direcciones e incluso con la puesta en marcha de un instituto. He re-

ferido varias veces la propuesta de don Fernando Solana, hecha a El Colegio de México, de abrir en provincia colegios a imagen y semejanza del Colmex. He dicho que Víctor Urquidi me propuso ser el adelantado de esa cruzada. Otra vez repito que la quema de las naves la ordenó la autoridad del puerto de partida.

También acabo de publicar lo que ahora copio:

Según consta en el primer Boletín de El Colegio de Michoacán, éste se inauguró el 15 de enero de 1979, en la ciudad de Zamora, en el patio de una casona, rentada para ser sede del Colegio, delante de un público en que se contaban Carlos Torres Manzo, gobernador; Eliseo Mendoza, subsecretario de la SEP; Víctor L. Urquidi, presidente de El Colegio de México; Alberto Valdés, presidente municipal de Zamora; muchos académicos capitalinos y un numeroso auditorio de zamoranos.

Ante tan distinguidos oyentes, justifiqué la presidencia que asumía entonces con la parrafada siguiente:

Los antiguos purépechas añadían al nombre propio de las personas, en el trance de cumplir los 52 años de edad, el mote de "Patzitzi", que significa "venerable" en la lengua tarasca y simplemente "pachichi" o "arrugado" en el idioma del pueblo... Hace cosa de un año que entré a regañadientes al club de los pachichis, y contra lo prescrito por el buen comportamiento, en vez de contraerme a las quietudes del hogar y de la biblioteca, me he enfrascado en la hechura, a imagen y semejanza de El Colegio de México, de El Colegio de Michoacán...

Con la colaboración de varias instituciones y personas, sobre un valle verde y fecundo, a partir de 1979, se dio vida a El Colegio de Michoacán. En pocos años se pudo hacer una biblioteca de no malos bigotes (con más de cien mil volúmenes de libros); se adquirió un buen lote de aparatos: máquinas de escribir, teléfonos, camionetas y computadoras. Se admitieron pequeños pelotones de alumnos deseosos de aprender los oficios ofrecidos por Colmich: antropología social, historia y ecología humana.

Desde el arranque se dispuso de un buen equipo de investigadores. Del CIESAS llegaron tres parejas de antropólogos (De la Peña-Rodríguez, Durand-Arias y Lameiras-Boehm) y de otras partes los Lira (Andrés y Cecilia), Carlos Herrejón, Agustín Jacinto, los Meyer (Jean y Beatriz), los Moreno (Heriberto y Esperanza), Francisco Miranda, Álvaro Ochoa... Con ellos se hicieron maravillas.

Al concluir el sexenio presidencial para el que fui nombrado, asumí dos papeles que desconocía: el de enfermo y el de teórico. La segunda mitad de 1985 la pasé en ires y venires a la refaccionaria tapatía del doctor y artista José Guerrero Santos. Por otra parte, contra mi afición y capacidad le dediqué un bienio a la filosofía crítica de la historia. De una montaña de libros de Raymond Aron, Phillip Bagby, Felice Battaglia, F. Bianco, F. H. Bradley,

Ferdinand Braudel, Manuel Brioso y Candiani, Jacobo Burckhardt, Burlatski, J. B. Bury, Edward Carr, Germán Carrera, Antonio Caso, Jorge Luis Casani, Américo Castro, Michel de Certeau, R. G. Collingwood, Benedetto Croce, Gordon Childe, Arthur Danto, Eric Dardel, Wilhelm Dilthey, William Dray, Lucien Febvre, Joseph Fontana, José Fuentes Mares, Hans-George Gadamer, J. K. Galbraith, José Gaos y 100 más, saqué el ratón que lleva el nombre de *El oficio de historiar*.

Abre el libro la idea de que las historias son inseparables de los historiadores. "El oficio de historiar tiene mucho que ver con la sociología, la filosofía, la psicología, la cultura y la ética del sujeto cognoscente." En seguida discute acerca del vastísimo y variado mundo del acaecer histórico: "Cada vez más extenso y accesible... por el creciente interés en nuevos asuntos del pasado". Sostiene que toda acción humana es histórica si es documentable. Asegura con Jan Vansina que "no hay datos insignificantes". Quizá las cosas que se han tenido como simples sean las que descubren mejor la índole del hombre.

El libro invita a la historia global, pero también previene contra el todismo de algunos historiadores, contra la ambición de verlo todo. Recomienda especializarse y habla de los buenos frutos de la especialización. Tampoco desconoce la utilidad de los marcos teóricos, pero sí alerta contra la manía mexicana a repetir los teoremas que se producen en las metrópolis culturales. Es indispensable partir de una imagen interina del pasado que se quiere resucitar, pero no conviene usar imágenes importadas, ajenas a nuestra sociedad. *El oficio de historiar* se detiene en las estaciones conflictivas del método histórico. No elude el problema reciente de la abundancia y variedad de fuentes de Clío ni le escabulle el bulto a los nuevos modos de capturar información. Considera vigente el detectivesco asunto de las operaciones críticas. El sexto capítulo se hunde en el breñal que Gardiner llama "La naturaleza de la explicación histórica". Ningún historiador puede escapar del uso de ligas para unir los acontecimientos, para comprender lo sucedido. Comoquiera, en el reino de Clío las autopsias deben hacerse sin destruir el cadáver, las historias explicadas deben desfigurar lo menos posible las historias vividas. Que el historiador busque estructuras, pero que no olvide que a los lectores de historias les interesan los hechos y no sólo sus relaciones causales. En el séptimo capítulo de *El oficio de historiar* se hacen diversas propuestas para dar forma a nuestros saberes e interpretaciones de lo histórico. El octavo vuelve a un tema muy del gusto de los antiguos y muy soslayado por los modernos: el discurso y, sobre todo, la posibilidad de engancharlo al lenguaje televisivo. En el postrer capítulo procura dar cuenta de las satisfacciones y servicios que presta el conocimiento histórico a la sociedad en su conjunto.

VI. REGRESO A LA MATRIA

A 10 años de la fundación de El Colegio de Michoacán cerré el viaje redondo iniciado 50 años antes. Desde 1988 vivo otra vez en San José de Gracia. Cumplía el pueblo 100 años cuando nos reconocimos mutuamente. Los dos éramos otros. Quizá si la matría se hubiera mantenido recoleta, suspicaz, rústica e intolerante no se hubiera resignado a la vuelta del hijo pródigo. Quizá si la muchedumbre citadina no le afectara tanto, el prófugo no habría regresado con mujer, libros y multitud de proyectos. En la nueva sede, la esposa dispone de tres jardines y una torre morada de cuatro niveles rebosante de poemarios, novelas, cuentos y libros infantiles. El cronista dispone de una biblioteca de veinte mil volúmenes, entre ellos los de teoría y método de la historia y los de historia general del país y particular de cada uno de sus estados. La biblioteca crece y se pone al día a razón de 1 500 volúmenes al año. Vuelvo a San José con los propósitos de escribir una historia de la construcción de México; poner al día *Pueblo en vilo, Zamora y Sahuayo*; juntar en media docena de volúmenes el centenar de artículos dispersos en revistas y periódicos, y ponerme a reconstruir la historia de un yo pobre que le ha tocado medirse con una circunstancia rica y sabrosa. El libro de las escuelas y colegios en los que he dormitado no sólo servirá para dormir.

Las cosas en que he puesto la mira han sido en parte relegadas por lo que han dispuesto mis colegas, favorecedores y jefes. La acción de amigos y patronos me ha llevado a cursos, conferencias, congresos, juntas, homenajes, asesorías, banquetes y consultorios. El ejercicio de la enseñanza a jóvenes inclinados a la historia es cada día menor, pero la impartición de conferencias ha crecido en número y en pluralidad. Del 88 para acá he hablado y debatido frente a públicos heterogéneos, no menos de 12 veces en el año. Por miedo a la repetición, y sobre todo a que se descubra el refrito, procuro ser un conferenciante original en cada caso, y por esa razón mantengo la costumbre de distraer un tiempo razonable a la hechura de la sinopsis que me ayudará a rememorar lo que voy a decir. Por otro lado, las conferencias dadas en cinco o seis ciudades diferentes, y en ocasiones muy distantes del sitio de residencia, exigen horas y felices días. Algo similar puede decirse de los congresos, mesas redondas y coloquios. Con mucho placer asisto al año a siete u ocho reuniones de tipo académico en México, y por lo menos a una fuera del país. En cuanto a pérdida de horas, pasa si usted asiste como moderador de una mesa, pero si lo invitan para ponente, bien dura semanas en la preparación de la ponencia. En la última década se ha puesto de moda la presentación de libros recién editados. Generalmente en cada una de tales presentaciones hablan el autor y dos o tres personas en el papel de padrinos. Las intervenciones del padre y los padrinos duran alrededor de quince

minutos por persona, pero la lectura que precede al bautizo del volumen y el coctel que le sigue ofrecen satisfacciones de varia índole pero reducen el tiempo destinado a las tareas proyectadas.

En 1992 presenté 10 libros y todo indica que el número aumentará en el presente año pese al poco peso y la poca elocuencia del presentador. También he figurado en diversas distribuciones de premios. A riesgo de parecer desagradecido, de incurrir en el feísimo pecado de la ingratitud, denuncio las horas sustraídas al quehacer que me he propuesto por los galardones y los reconocimientos recibidos. Estoy muy orgulloso de pertenecer a la Academia Mexicana de la Historia, al Colegio Nacional, al Consejo Nacional de Ciencias, a tres o cuatro juntas de gobierno de instituciones muy prestigeadas; me regocija recibir de manos del Presidente de la República el Premio Nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía, y de diversas autoridades los nombramientos de doctor *honoris causa*, maestro emérito, investigador de igual nivel y otros títulos que engordan el ego, reducen la jornada de trabajo y la capacidad de autocrítica.

Antes me avergonzaba por dar a las prensas textos inmaduros o francamente triviales. De 1988 para acá he publicado, sin mayores remordimientos, tres libros y 30 ensayos para la prensa periódica. De *El oficio de historiador* ya di cuenta en párrafos anteriores. Esperé inútilmente que algún académico dijera que es una obra clara, precisa, elástica sin menoscabo de la solidez. Tampoco ha recibido críticas negativas. Se vende bien, pero no despierta comentarios periodísticos. En 1989 apareció *Todo es historia*, que sólo requirió el esfuerzo de juntar en un volumen de 300 páginas 14 artículos publicados con anterioridad. En 1991 Banca Promex imprime para sus clientes, en buen papel y con buenas fotografías, *Michoacán, muestrario de México*, que refría las descripciones de las nueve comarcas de Michoacán y da por primera vez un bosquejo de los platillos del rumbo, del perfil social y los valores gastroculturales de la cocina michoacana. La segunda parte de este librito de trivía es de historia económica, pero visto desde el lado sabroso, que no el cruel de la labranza que tanto hace sufrir a quienes investigan la historia de la agricultura.

De los artículos de mi último quinquenio laboral ha quedado sin lectores, en ese sepulcro que se llama *México, setenta y cinco años de Revolución*, el más extenso de todos, al que puse un nombre claro: "75 años de investigación histórica en México", que ocupa 50 páginas del tomo IV de la obra citada. También pasó al cementerio de las bibliotecas la "Nueva historia del petróleo mexicano", prólogo a un libro en tres volúmenes. Una buena parte de la historiografía mexicana se escribe con motivo de aniversarios de sucesos célebres. Conforme a la costumbre, un 16 de septiembre publiqué mi versión de las guerras de independencia; un 5 de mayo, la correspondiente a la Reforma; un 20 de noviembre dije lo que pienso de la Revolución Mexicana-

na; un 18 de marzo salió mi prólogo sobre la historia de la industria petrolera, y en varias fechas de 1992 comparecí en diarios y revistas con artículos que tratan asuntos próximos a los que conmemoran el quinto centenario del descubrimiento emprendido por Colón y demás tripulantes de las tres carabelas.

Sin proponérmelo, he incurrido en las revistas de alta divulgación y en los suplementos culturales de los diarios. Un par de términos aprendidos en el cuartel 50 años atrás, la expresión de "orden disperso", define bastante bien la labor académica que he practicado de 1988 para acá. La actividad errática no es lo que me gusta más, pero es la más visible de mis labores recientes. Casi todos mis viajes han tenido como pretexto la práctica de mi profesión: dar una conferencia de asunto histórico, asistir a una convención de colegas, exponer mi persona al premio concedido por alguna universidad. Los viajes al Viejo Mundo sólo han sido tres, pero siempre a las cuatro ciudades de muy buen ver: París, Madrid, Barcelona y Sevilla. Tampoco he tenido la suerte de los colegas que mes a mes incurrían en alguna ciudad de los Estados Unidos. Mi viaje mensual es a la metrópoli mexicana, que no se resigna a la descentralización de los mexicanos. Otras excursiones frecuentes son a las capitales de los estados de la república. Los viajes quitan mucho tiempo; comoquiera, tengo la sensación de que el viajero es poco lo que pierde de días y mucho lo que gana en experiencia, en saber de otros estilos de vida, en distinguir lo propio de cada lugar y ver que el hombre cambia no sólo en el tiempo sino también en el espacio. Los viajes al interior de la república mexicana convencen a los residentes de la ciudad de México de lo infundado de la conseja de que "fuera de la ciudad de México, todo es Cuautitlán"; es decir, insignificante. Las excursiones a países del Primer Mundo nos curan a los mexicanos de la idea de que todo lo hecho en México está mal hecho.

El transporte aéreo, la computadora y la televisión constituyen las máximas maravillas del mundo actual. A las tres he accedido tarde, y me duele. Una me emociona particularmente: la televisión. En los años cincuenta la vi como amenaza. En el decenio siguiente intervine alguna vez como entrevistador de personajes de la política, y otra, como ponente en una mesa redonda televisada, y una más como autor de textos de historia de México que leía y actuaba Ignacio López Tarso. En los ochenta, Enrique Krauze y Fausto Zerón demostraron ampliamente con dos series (*Senda de gloria* y *Biografía del poder*) la utilidad de la televisión como lenguaje de la historia. A través de programas televisivos los historiadores pueden llegar a un público centenares de veces más vasto que el de los leeperiódicos y libros. Con todo, la telehistoria es mucho más costosa que la historiografía, requiere la participación de actores, fotógrafos y otros técnicos del arte televisual, y todavía deja en los académicos la sensación de ser menos objetiva que la historia que se ofrece en libros y artículos. La historia televisual es difícil de producir y está

aún en pañales, pero sólo a través de ella se alcanzará el ideal de una historia para todos.

Como quisiera retirarme con una despedida, le cuelgo al largo y tedioso discurso egohistórico anterior dos apéndices, dos cápsulas. Una está extraída de mi agenda y la otra de mi optimismo. La que recoge los compromisos del historiador desde mañana hasta dentro de 14 días dice: agosto 1993. Jueves 26. 6:30 a 8:30: viaje en automóvil de San José al aeropuerto de Guadalajara. Desayuno. Una hora de espera en la sala B. Otra hora de vuelo a la capital. Telefonema a Patricia Rodríguez. Preparar la intervención en el encuentro televisado de *Vuelta*. Viernes 27. 9:00 hrs.: traslado a ciudad Televisa. Instructivos para la buena realización del evento. 11:00 hrs.: "La herencia del siglo XIX", debate entre cinco, moderado por Enrique Krauze. Seguir en Televisa hasta la tarde. Reunión familiar. Sábado 28. 9:00 hrs.: a Guadalajara en el vuelo 116 de Aeroméxico. 10 a 12 hrs.: regreso a San José. Comida con mi tío Bernardo. Acomodar en los anaqueles libros recién llegados. Domingo 29: darle la última mano a "Mis tropiezos con la historia". Comer y charlar con entrevistadora de *Siglo 21*, diario de Guadalajara. Lunes 30: preparar la lección inaugural del curso de Teoría de la Historia. Entrevista con la doctora Yolanda Padilla. Martes 31: escribir las palabras de homenaje al doctor Zavala. Contestar correspondencia. Septiembre 1993. Miércoles 1. 8:00 hrs.: traslado a Zamora. 10:00 hrs.: clase inaugural del curso de Teoría de la Historia en El Colegio de Michoacán. Regreso a San José. Preparar viaje a Morelia, México y Oaxaca. Jueves 2. 6:00-10:00 hrs.: viajamos Armida y yo a Morelia. 11:00 hrs.: palabras en el homenaje al doctor Zavala. 19:00 hrs.: conferencia sobre nuevas modalidades de la historia en la Biblioteca del Palacio Clavijero. Cena con amigos. Viernes 3.: excursión a Tiripetío con el doctor Zavala. En la tarde, segunda conferencia sobre la microhistoria. Cena de despedida. Sábado 4: en autobús a la ciudad de México. Atención a correspondencia recibida y a diversos asuntos menores. Domingo 5: preparar la ponencia para la IV Semana de Solidaridad en Oaxaca. Reunión vespertina con familiares cercanos. Lunes 6: respuesta positiva a la invitación a participar como ponente en el II Congreso de Academias de la Historia Iberoamericanas. Asistir a la junta de El Colegio Nacional. Acudir a la cita del diabetólogo doctor Serrano. Martes 7: preparar la ponencia para la IV Semana de Solidaridad en Oaxaca. En la tarde, dirigir sesiones ordinaria y solemne de la Academia Mexicana de la Historia. En la noche, asistir al coctel de bienvenida para Carlos Herrejón. Miércoles 8. 8:00 hrs.: traslado en avión a la ciudad de Oaxaca. 11:00 hrs.: sesión inaugural en el Auditorio del Estado. 11:30 hrs.: panel A-1: "Carreterización de la pobreza". 16:00-17:30 hrs.: mi ponencia en Panel A-2: "Análisis cualitativo de la problemática de la pobreza".

Como se ve, la carga de trabajo de los historiadores es fuerte. Comoquiera, estoy seguro de que para la historia de México ninguna época pasada ha

sido superior a la presente. El oficio de historiar es ahora profesión universitaria de alto prestigio. Los sucesos dignos de historización han aumentado prodigiosamente. Las bibliotecas, los archivos, los museos, los sitios arqueológicos y demás almacenes de testimonios de la vida mexicana son más y mejores. Se facilita la captura de datos y se pulen los instrumentos de crítica e interpretación. De las filosofías especulativas de la historia, algunas se han esfumado y otras han perdido prepotencia. Constantemente crecen las posibilidades de acercamiento entre la historia contada y la historia vivida. Vivimos ya en el mejor, que no en el menos contencioso, de los gremios aspirantes al conocimiento del hombre.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS

Historiador mexicano.

Fecha de nacimiento: 1925 (San José de Gracia, Mich.).

ESTUDIOS

Maestro en ciencias históricas por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1956).

Cursó tres años de la carrera de derecho en la Universidad Autónoma de Guadalajara (1943-1946).

Estudió historia en El Colegio de México (1946-1949) y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (1952).

Materias de posgrado en la Sorbona de París (1952).

TRABAJO PROFESIONAL

Asistente libre en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de Francia y El Colegio Nacional de México.

Docencia desde 1943.

Profesor e investigador de El Colegio de México.

Dirigió el Seminario Fuentes de la Historia Contemporánea de México (1957-1960) en El Colegio de México.

Director del Centro de Estudios Históricos (1963-1965 y 1970-1973) de El Colegio de México.

Becario del gobierno de Francia.

Becario de la Fundación Rockefeller.

Copresidente de la Sociedad Mexicana de Historia (1953).

Miembro de la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid, desde 1972.

Miembro correspondiente en el extranjero de la Académie des Sciences, Agriculture, Arts et Belles Lettres, d'Aix en Provence, Francia, desde 1974.

Miembro de El Colegio Nacional (1978).

Miembro del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México (1987-).

Cronista (1980) e historiador (1983) de la ciudad de Zamora, Michoacán.

En enero de 1979 fundó en Zamora El Colegio de Michoacán y lo dirigió hasta 1985.

TRABAJO EDITORIAL

Director de *Historia Mexicana* (1960-1964).

PREMIOS

Por *Pueblo en vilo* obtuvo el Premio Haring de la American Historical Association (1971).

Premio Nacional de Filosofía, Historia y Ciencias Sociales (1979).

Premio José Tocavén (1983).

Premio Nacional de Ciencias Sociales y Filosofía (1983).

Las palmas académicas de Francia (1985).

Recibió la presea "Generalísimo José María Morelos" (18 de mayo de 1979).

PRINCIPALES OBRAS

González y González, Luis et al., *Fuentes de la historia contemporánea de México, libros y folletos*, 3 vols., México, El Colegio de México, 1961-1962.

La tierra donde estamos: 30 años del Banco de Zamora, México, Banco de Zamora, 1971, 220 pp.

Invitación a la microhistoria, México, SEP (SepSetentas, 72), 1973, 186 pp.

Los artifices del cardenismo, México, El Colegio de México, 1979.

Los días del presidente Cárdenas, México, El Colegio de México, 1981.

Nueva invitación a la microhistoria, México, Fondo de Cultura Económica, (SepOchentas, 11), 1982, 155 pp.

La ronda de las generaciones, México, SEP, Dirección General de Publicaciones, 1984, 131 pp.

Pueblo en vilo, México, El Colegio de México, 1968; Fondo de Cultura Económica/SEP (Lecturas Mexicanas, 59), 1984, 349 pp.

Daniel Cosío Villegas, México, Crea/Terra Nova, 1985, 118 pp.

El oficio de historiar, México, El Colegio de Michoacán, 1988, 268 pp.

Todo es historia, México, Cal y Arena, 1989, 306 pp.

MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

I

ESTUDIÉ la primaria en 1931-1937 en el Colegio Alcalde y en el López Cotilla, ambos particulares y semiclandestinos. No recuerdo los libros de texto, pero sí guardo un recuerdo imborrable de que representamos el martirio de Cuauhtémoc por Cortés: a petición mía me "quemaron" los pies atado a un pupitre. La secundaria la estudié en el Colegio López Cotilla de 1938 a 1940. Los estudios no estaban reconocidos por la SEP, el reconocimiento se obtuvo hasta 1940. Tampoco recuerdo el libro de texto de historia, pero sí que el profesor don José Paz Camacho seguía a Justo Sierra en sus explicaciones y que otro profesor comentó que la expropiación petrolera no debía haberse realizado, pero ya que estaba hecha debíamos apoyarla.

El primer año de la preparatoria lo estudié, en 1940-1941, en la Universidad Autónoma de Guadalajara con un profesor apellidado Martínez que seguía la *Historia de la nación mexicana* del padre Cuevas. Completaba este curso uno de Problemas de México que impartía Carlos Cuesta Gallardo, quien predicaba contra la Revolución Mexicana y en favor del fascismo.

Como gracias a Dios fui expulsado de esta Universidad, en la de Guadalajara terminé la preparatoria. Tuve la fortuna de que mi profesor fuera don José Cornejo Franco, quien enseñaba sin libro de texto, con criterio liberal, pero no jacobino, burlándose un poco de las explicaciones marxistas mecánicas dominantes en esa Universidad, entonces "socialista".

Respecto de la conciencia sobre otros historiadores reconocidos, en esa época fue creciendo en mí la necesidad de entender a Alamán, a quien se consideraba el campeón de la historiografía "católica".

Como estudié la primaria, la secundaria y el primer año de preparatoria en escuelas particulares, conviví al lado de gentes que habían sufrido la reforma agraria o que batallaban contra el obrerismo de Cárdenas. Otros de mis compañeros eran como yo, de modestos recursos, hijos de empleados y de obreros, pero cuyos padres deseaban mantenernos fuera del peligro de la educación "socialista". Recuerdo, por ejemplo, que cuando se afectó la hacienda de un compañero éste comentó indignado que Cristo había sido "socialista", pero no como lo estaban haciendo "esos".

Tuve también la fortuna de que cuando comencé a interesarme con "seriedad profesional" por el estudio de la historia en el segundo año de preparatoria, mi maestro José Cornejo Franco era el director de la biblioteca pú-